

La ciudad de mis padres¹

Hamutal Bar Yosef

Envuelta en piel marrón, la ciudad de mis padres en la postal espera el tren con seriedad.
Debe haber olor a humo. ¿Acaso es posible
que se haya esfumado por el olor a naftalina de pañuelos delicados como la dorada tela de
una araña?

Con un golpe se cierra la cartera de cuero de cocodrilo, se destapa una cerveza
y ya fluyen, sobrevuelan sobre la escarcha siglas aterciopeladas,
íntimas y extrañas para mí como mi apellido de soltera,
y perfiles de párpados silenciosos se besan y saludan.

Tres leyendas enganchadas a una carreta enrollan de repente sus colas
y despiden de su trasero tortas de mostaza humeante,
rechazo asustada un desfile de ideales de mejillas sonrojadas
que agitan banderas, bucles, certificados de estudio,
y discuten con todo su vigor con las narices tapadas por la ceniza.

He aquí el tren.

¡Ah, debe haber olor a humo!

¿Acaso nadie de ustedes puede oler el olor a humo?

“Los engañaron y los mataron”, me dijo la tensa mujer,
con una voz plena de satisfacción y pena por los seres miserables, cortos de vista.
Sí, ella sabía quiénes habían sido los dueños anteriores de su casa,
en su juventud, hasta había trabajado para ellos en la tienda. Quién lo creería.
Sí, esta es una *mezuzá*². Una palabra graciosa. Ellos la besaban.

“Mi difunto esposo era policía”, susurró a mi oído

En *”Similitud”*, Hakibbutz Hameuchad, 2011.¹

Translated by Tamara Rajczyk

Published in

Escrito en la Ceniza Yaron Avitov Antólogo

Amadeus 2016

cuando iba tras de mí al sótano y al altillo,
que yo conocía por los relatos de mi madre antes de dormir
sobre los pogromos.

“La casa está a nuestro nombre legalmente”.

En ese momento su voz fue hueca y fría como el cañón de un revólver.

¿A quién le contaré que mi hija preguntó
si yo podía arreglar para ella la ciudadanía polaca?